

HOMENAJE AL DR. D. JOSÉ BOTELLA LLUSÍA

BALBINA CAVIRÓ MARTÍNEZ
Correspondiente

Eminencia, Excelentísimo Sr. Director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, Excelentísimos e Ilustrísimos Señores Académicos, queridos amigos y, muy especialmente, queridas Maruchi y Mari Pepa Botella.

Confieso que me siento especialmente emocionada al compartir con todos Uds. este encuentro dedicado a la memoria del Profesor Botella, el gran médico, el gran investigador, el humanista, el gran caballero... y el entrañable amigo... Y mi médico en horas difíciles. Horas en las que su calidad humana y su afecto compitieron de igual a igual con su saber científico.

Es, pues, para mi un gran honor participar con todos Uds. en este merecidísimo homenaje que la Academia toledana le dedica hoy. Don José sigue estando con nosotros en este Toledo al que tanto amó.

Yo no pretendo aquí hablar del profesor Botella en su vertiente científica –no soy quien para ello–, por otra parte mundialmente reconocida gracias a sus numerosas publicaciones, y a la que aludirán después los otros académicos que van a intervenir.

Yo, modestamente, pero con gran cariño y añoranza, quiero recordar a un gran amigo, a todo un señor, en cuya compañía transcurrieron horas inolvidables, especialmente aquí en Toledo, y en las que, después de los saludos iniciales, el Toledo de ayer, el Toledo de

hoy, el Toledo de siempre, hacía acto de presencia, adueñándose hegemonícamente de la situación, todo lo demás sobraba.

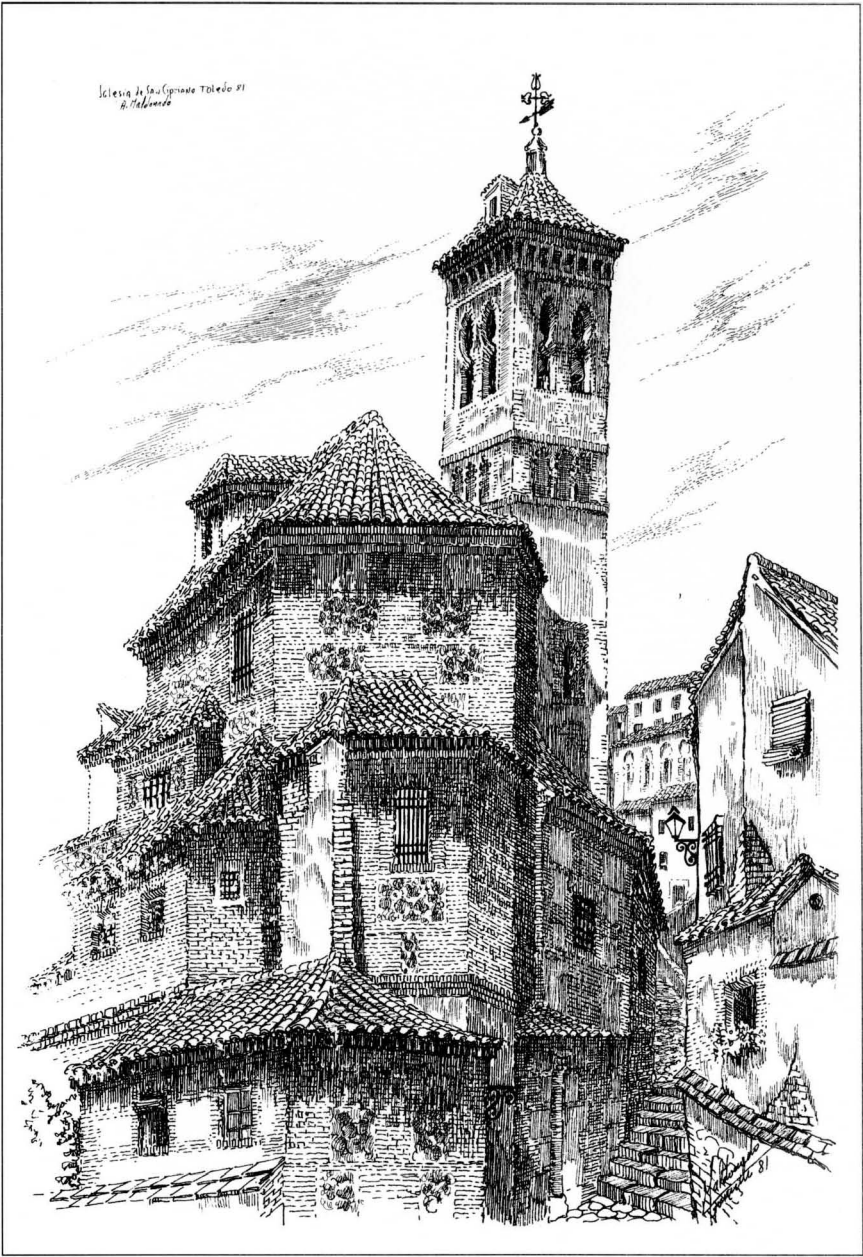
Generalmente el escenario del encuentro, como digo, era esta ciudad. Unas veces el Jardín del Moro, otras la casa de nuestra querida amiga común Esperanza Pedraza, cuyo recuerdo quiero aquí evocar también con especial afecto. Otras veces, Galiana, la antigua almunia Regia de Carmen Araoz. Y otras, el Parador, teniendo a nuestros pies el Tajo y, sobre el río, encaramada, la ciudad con las siluetas protagonistas de la Catedral, de San Juan de los Reyes, del Alcázar, de las torres mudéjares, de los Jesuitas, de los restos de San Juan de la Penitencia. Pero también, escondidos púdicamente entre el caserío, los monasterios orientados al mediodía, el convento de las Jerónimas de San Pablo, el de sus vecinas, las Benitas, el de las Clarisas de Santa Isabel de los Reyes.

Y, así mismo, dispersos entre las callejuelas y plazas mínimas, los restos de las antiguas «casas principales», de ilustres linajes toledanos del medievo, unos de origen mozárabe, como los Lampader e Illán, otros afincados posteriormente en la ciudad, como los Meneses, los Ayala y los Silva. Entre estas casas, las de los García de Toledo, señores de la Gallinería, las del alguacil-alcalde Suer Téllez de Meneses, casado con la mozárabe María Meléndez, las de Lope González Palomeque y Mayor Téllez de Meneses –hoy Taller del Moro– y las de don Fernando Álvarez de Toledo y Teresa de Ayala, la «casa güena», mal llamada por un error recalcitrante e ingénuamente iletrado, el Palacio del Rey don Pedro.

Todas estas casas principales y sus antiguos moradores fueron, en más de una ocasión, el tema de conversación con don José.

Atardece un día caluroso del mes de julio. Vamos a cenar con

Iglesia de San Cipriano Toledo 81
A. Meléndez



Iglesia de San Cipriano.

los Botella en el Parador y acudimos temprano para estar en la primera fila de su terraza, cuando el sol se oculta y las lucecitas de la ciudad empiecen a hacernos guiños.

Han enmudecidos ya las campanas dialogantes de los conventos de «dueñas encerradas», convocadas al rezo de vísperas. Es una hora mágica en Toledo.

¡Tenemos tanto de que hablar! La vista de Toledo es todo un reto que desata rápidamente nuestras lenguas. Don José conoce muy bien la ciudad. Su historia y sus leyendas. Como otros ilustres toledanos, carentes del título oficial de toledanía por no haber nacido junto al Tajo, pero indiscutiblemente TOLEDANOS con mayúscula, el profesor Botella incansable –siempre joven y sin dejar de «pedalear», como el decía bromeando–, recorría las calles, las plazas escondidas, deteniéndose ante las portadas blosnadas que nos brindan sugerentes adivinanzas. Así mismo, frecuentó las clausuras, que su cualidad de médico, hizo para el permeables. Y paseando por la cornisa y por el camino del Valle, contemplaba el Tajo, visitaba la ermita y atisbaba la Casa del Diamantista.

Pero, a pesar de su vasto conocimiento de la historia toledana, mil incógnitas afloraban en cuanto nos reuníamos. ¡Quedaban todavía tantas incógnitas por resolver!...

¿Me puedes contar algo nuevo sobre el Toledo de ayer? Era su pregunta habitual.

Seguía anocheciendo. La Catedral empezaba a ser un foco de luz trascendente, gritando sin sonido, pero con eco de siglos, EGO SUM LUX MUNDI, como los Pantocrator románicos. Y rememorábamos: ¡qué lástima que se perdiera la catedral visigoda, a la que

descendiera MARÍA para imponer la casulla a San Ildefonso, y que luego se convirtió en mezquita tras la invasión del 711! Pero ¡qué maravilla de catedral gótica, brindada por San Fernando y los monarcas posteriores, juntamente con los ilustres prelados toledanos!

Y, mirando hacia la derecha, desde el altozano del Parador, evocábamos también a Al-Mamun, el ilustre taifa de la familia de los Beni Dilnum. Y, así mismo, a la bella Galiana del MAINET, amada nada menos que por Carlomagno.

Siempre, en los encuentros con el profesor Botella, nos faltaba tiempo.

Entre los temas toledanos que le apasionaban, como pusiera de manifiesto en su intervención en la Semana Mañana de 1996, uno era el cruce de caminos entre Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz y el Greco, en el Toledo de 1577. Esa misma inquietud por el tema mostró hace años, Amintore Fanfani en la presentación de su libro sobre la Santa abulense y el pintor, fue como algunos de Uds. recordarán, tuvo como escenario este Salón de Mesa.

No hay constancia de que Santa Teresa y el Greco se conocieran. Pero, nos preguntábamos: ¿sería consciente el pintor, al menos de la trascendencia espiritual de ambos personajes, Santa Teresa y San Juan de la Cruz? Es muy probable que conociera, al menos, los dolorosos Sanbenitos que pesaban sobre ellos, debido a la lucha entre descalzos y calzados, y debido a la persecución de la Inquisición de algún estricto prelado, como don Francisco de Pisa, retratado precisamente por el cretense. Tal vez, comentábamos, mientras Pisa estaba posando, sacarían a colación estas novedades del mundillo toledano.

La conversación con don José, inevitablemente, recaía sobre el pintor. Y llegábamos a una conclusión. Aunque últimamente parece que no está bien visto hablar del misticismo del Greco, ¿cómo no admitir que la mirada de Cristo, en el Expolio, expresa algo más que una interpretación manierista? O ¿cómo no admitir que el esquema distorsionado llameante y ascendente de la Asunción, del Museo de Santa Cruz, sea algo más que una receta de taller, aprendida en Italia? Ambas figuras, coincidíamos diciendo, son también toledanos, de una profunda espiritualidad, que sí invitan a la oración. Y ello porque Toledo y su misticismo calaron pronto en el cretense, transformándolo espiritual y artísticamente, como dijera Marañón.

Ya era noche cerrada y la brisa del río despejaba aún más nuestras remembranzas. Y el profesor sacó a colación, como otras veces, la figura de doña Jerónima de las Cuevas, el único amor conocido de Doménico, lamentando los pocos datos que de ella tenemos: la localización de una mujer de ese nombre, en un barrio toledano de mala nota, y su maternidad. Y poco más. Indudablemente fue la madre de Jorge Manuel, el hijo del Greco. Pero ¿fue la esposa de éste o sólo su amante? ¿cuándo murió? ¿dónde murió? ¿enclaustrada en un convento, penando en su vida su pecado? ¿o murió prematuramente de parto, como apuntaba el profesor Botella? El tema era apasionante y acabó protagonizando aquella velada toledana. Fue entonces cuando yo le brindé ciertas conclusiones, basadas en documentos del archivo de Santo Domingo el Antiguo. El profesor se interesó por las noticias. Entre ellos los recogidos en la obra manuscrita del ilustre jesuita Esteban de la Palma, titulada «La Virgen Prudente», alusiva a una singular abadesa del citado monasterio, doña Ana Sotelo de Ribera, que fue, nada menos la que, de ser cierto, obligaría a Jorge Manuel a sacar de la cripta conventual de Santo Domingo, los restos de su padre. Una abadesa de vida ascética, enferma a la sazón, mortalmente, de «cáncer», perseguida a la

vez por la jerarquía eclesiástica, y que en ese mismo año de 1619 no llegó a firmar, por incapacidad, ninguna de las cuentas del monasterio. Y nos preguntábamos ¿cómo es posible que en esa situación límite, se produjera el traslado de los restos del pintor a la nueva cripta funeraria de San Torcuato? ¿Existió realmente ese traslado que, aunque documentalmente autorizado, no está documentalmente probado?

Nuestra charla, iluminada por la silueta inalterable de Toledo, barajó hipótesis, como la sugerente de Gómez-Menor. Y, entre ellos, yo saqué a colación otro dato, en el que no se ha reparado debidamente. Cuando Jorge Manuel compró la nueva cripta funeraria de San Torcuato, según se lee en los documentos de San Román, hizo constar en el contrato que era para trasladar allí los restos de *sus padres*. No sólo para trasladar los de su padre, sino también los de *su madre*. Luego, Jorge Manuel, *sabía* donde estaba enterrada doña *Jerónima*, y quería que definitivamente reposara junto a su padre.

Curiosamente, en cambio, en el documento anterior de adquisición de la cripta de los Theotocópuli en Santo Domingo el Antiguo –de 1612– no se menciona a su madre, sino al Greco, a Jorge Manuel, a sus hijos y descendientes. ¿Pudo Jorge Manuel pretender, en algún momento que su madre fuera enterrada en Santo Domingo, y que la negativa tajante de la abadesa Ana Sotelo, motivara la ruptura definitiva entre el hijo del Greco y la Comunidad? Tal vez este suceso aleccionara a Jorge Manuel y, por ello, en el contrato con San Torcuato, quiso que figurara expresamente el nombre de *sus padres*.

Y seguimos conjeturando, el Parador se iba quedando vacío. Pero nuestra conversación brindaba nuevas preguntas ¿dónde fue enterrada, al morir, doña Jerónima? No parecía probable que estuviera en un convento, ya que este hecho hubiera dificultado el tras-

lado. De ello vendría a deducirse que fue doña Jerónima, después de su maternidad, no fue obligada a profesar en una clausura. Y don José, cuya hipótesis abogaba por la muerte de sobreparto, halló en los datos citados, una posible prueba del fallecimiento temprano de doña Jerónima, hecho que impediría el matrimonio con el pintor.

Fue aquella, repito, una velada deliciosa, que reveló, una vez más, los conocimientos que el profesor Botella tenía sobre la historia de Toledo y el interés que suscitaban en él las investigaciones que se venían realizando.

Algunos sábados tuve también el honor de acompañar al matrimonio Botella a la misa vespertina, preferentemente en Santa María de la Cabeza o en San Juan de los Reyes, lugares que nos deparaban bellas perspectivas y la visión médica de la obra cumbre de la arquitectura hispano-flamenca.

Una de las imágenes del profesor, que me ayuda más a evocar su figura, es la de su participación en la festividad del Corpus Christi, a la que nunca faltaba. Primeramente la misa solemne en la Catedral, donde, con porte naturalmente distinguido y revestido con la veste, la gorguera y el birrete de la Cofradía Internacional de Investigadores, parecía arrancado de un cuadro del Greco. Nunca se perdió la celebración litúrgica, ni la procesión, dando pruebas de su religiosidad y de su fortaleza física.

Pero, tal vez, donde mejor podemos conocer los sentimientos de don José Botella hacia la ciudad, es en el prólogo que, amablemente me escribió para mi obra «Las mujeres toledanas y sus linajes».

Oigámosle en algunos de sus párrafos:

«Toledo es para mí –escribe– un gran misterio. Cada sábado, al llegar allí de atardecida, viendo a lo lejos San Servando y el Alcázar, mi imaginación se pone a soñar. Unas veces desde mi casa, abalconada sobre el Tajo, escucho el rumor lejano del río, que arrastra todavía las endechas de Garcilaso. O las estrofas de «La Noche Oscura» que San Juan de la Cruz compuso allí mismo, junto a su corriente. Y otras noches, en la que me siento más andariego, me voy, entre sombras y pasadizos a recorrer las misteriosas callejuelas que me conducen hacia el Pozo Amargo o hacia la Catedral... Y ya, al día siguiente antes de que lleguen las riadas de turistas, me pierdo –sí, literalmente, me pierdo a veces– por sitios que no había visto antes, entre ábsides mudéjares de iglesias y conventos para mí desconocidos, y descubro patinillos misteriosos, al fondo de los cuales hay un arco de yesería o un alfarje de, no se sabe, qué época. Y misteriosos blasones que no se a quien pertenecieron. O cobertizos que unen casas habitadas por fantasmas... Mi caminata es como un navegar sin brújula. Yo conozco, –continúa el prólogo– la mayoría de los conventos. Los he visitado como médico amigo –«*medicus anargiricus*» que dirían los latinos–, en frías mañanas de invierno, precedido por el alegre tintineo de la campanita que anunciaba la entrada de un varón en la clausura. De pronto, tu, hombre del milenio que acaba, te sientes transportado al medievo, con sus silencios, sus misterios y su insondable paz. Y al final, y después de visitar a la monjita enferma, tienes que saludar a «la Madre», y darle cuenta de la dolencia. Y ésta sentada en un sillón frailer, te recibe, fina y amable, de rasgos arrugados y puros, de ojos fríos que te miran ya como ventanas de eternidad...». Bellísimas palabras de nuestro querido profesor.

Y tuvo que ser precisamente aquí, en el Toledo que tanto amó, donde el profesor Botella, como «río que va a dar a la mar», oyó el último murmullo del Tajo.

Pero hoy, como en los bellos poemas del Papa Juan Pablo II, podemos oírle exclamar: «Este es el camino de las generaciones. No moriré del todo lo que hay en mí de indestructible, ahora se encuentra cara a cara con El que Es».

